FILMS DE AMOR
50 Cents.
LA NOVIA
DEL REGIMIENTO
VIVIENNE SEGAL
LUPINO LANE

SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234 - Apartado, 707
Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 16
BARCELONA

La Novia del Regimiento

Film sonoro FIRST NATIONAL inspirado en la famosa opereta "*La Dama del Armiño*" de Rudolph Schanzer y Ernest Welisch e interpretado por

Vivienne Segal - Allan Prior - Walter Pidgeón

Versión novelesca de E. MOLDES

Cinematográfica Nacional Española

Vía Layetana, 55 *Barcelona*

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

Nos hallamos en una pequeña ciudad fronteriza de un país débil y pobre, oprimido y esquilmado por un vecino poderoso. Las tropas de los invasores—húsares brillantes, granaderos decorativos—veían transcurrir las horas en la inacción y el tedio era su compañero constante.

Pero un día llegó al cuartel general un correo jadeante. Se le condujo a presencia del jefe de las fuerzas, e interrogado por el capitán, respondió lacónicamente:

—¡Ordenes del coronel Watow!

Al mismo tiempo ponía en manos de su superior un pliego sellado y lacrado. El jefe de las fuerzas se apresuró a romper el lacre, y ordenando reunirse ante él a todos los oficiales de la guarnición, leyó el documento:

—Tenemos noticias confidenciales de que se prepara un serio complot contra nuestra patria en la ciudad de Valona y otros pueblos

y ciudades comarcanos. Parece que los jefes del movimiento son aristócratas... He aquí mis órdenes: Enviad sin pérdida de tiempo tropas a Valona con la orden terminante de disolver todas las reuniones y dispersar todos los grupos, aun en las calles y casas de la ciudad.

El jefe de la fuerza levantó la vista del papel y dirigió la palabra a sus oyentes:

—¿Os habéis enterado bien de las órdenes de nuestro coronel, señores?

—¡Sí!—respondieron los oficiales.

—Entonces... ¡a caballo!

Unos momentos después los húsares, levantando una nube de polvo, se perdían a lo lejos en dirección a Valona.

* * *

Aquel mismo día un enorme gentío se aglomeraba en el atrio de la catedral de Valona. Las campanas del sagrado edificio, voleadas por manos vigorosas, lanzaban a los aires sus notas metálicas en un repique de triunfo.

En el interior de la catedral, frente al altar mayor, se apiñaba también una multitud compacta. Una multitud que olía bien, que ostentaba vestidos suntuosos; mujeres muy escotadas sobre la pompa de sus miriñaques; hombres con encajes y jubones de seda, pen-

diente del cinto con hebilla de piedras preciosas la espada que pregonaba su alcurnia.

Un silencio profundo reinaba en la iglesia, sólo turbado por la salmodia monótona del sacerdote, que leía, en latín, la Epístola de San Pablo. Ante él, destacándose del grupo que había a sus espaldas, un hombre y una mujer jóvenes escuchaban en silencio, con la vista fija en el suelo.

Se celebraba la boda del Conde Adrián Beltrami con la bella Mariana de Mirnola. Ambos pertenecían a las esferas más altas del país invadido; en ambos la nobleza de sus blasones hacía "pendant" con la nobleza de sus espíritus. Eran, por así decirlo, una pareja de selección.

El Conde Adrián Beltrami estaba seriamente comprometido en el movimiento de rebelión que había sido revelado a las tropas invasoras. Hubiera podido vivir, alejado de los peligros, una existencia confortable y sibarítica, ya en sus palacios de la ciudad, bien en sus castillos del campo. Pero eso hubiera sido un egoísmo criminal. Cuando su patria gemía, oprimida bajo la planta del invasor; cuando allí se carecía de libertades y hollaba la tierra de los caminos el pisar de los caballos extranjeros, él no se creía con derecho a disfrutar de la felicidad apacible que tiene por cimientos el egoísmo.

Si se había casado, si en aquellos momentos se celebraba aquella boda, era porque Mariana y él se amaban con un amor entrañable y porque, desde hacía algún tiempo, los invasores no daban señales de vida. Pero jamás pensó, ni por un momento que aquel cambio que iba a dar a su vida le apartase ni un solo paso de sus deberes de patriota.

Cambiados los anillos, el sacerdote dió las bendiciones. La ceremonia estaba consumada. Y, como respondiendo a una consigna, en aquel momento estallaron en la calle voces, toques de clarín; se oyó claramente el choque de los cascos de los caballos contra las piedras del atrio de la catedral y el golpe seco de los sablazos mezclado con los gritos de la muchedumbre.

He aquí lo que había sucedido: Cuando la ceremonia de la boda tocaba a su fin, se presentó ante el atrio de la catedral un destacamento de húsares mandados por un joven teniente. Se enteró éste con todo detalle de la causa que motivaba aquella reunión, y en vez de agradecer los datos que se le habían suministrado, respondió con tono imperioso:

—¿Y no sabéis que están prohibidos los grupos?

—Comprended, señor teniente—dijo uno de los hombres presentes—que no se trata de una reunión política, sino simplemente de un acto de curiosidad.

Por toda respuesta, el teniente desenvainó

el sable, y haciendo una seña a sus hombres, que le imitaron en el acto, cayeron unos y otros sobre la multitud indefensa.

Unos momentos después la batalla estaba generalizada. La multitud, sorprendida en el primer momento, inició la fuga a la desbandada; pero se rehizo pronto, y ocupando los hombres sitios estratégicos, mientras que las mujeres se refugiaban en la catedral o en las casas vecinas, se contestó con una regular pedrea a la carga de los invasores.

La noticia de lo que ocurría, no tardó, naturalmente, en llegar al interior de la catedral, y el Conde Adrián Beltrami, desenvainando la espada y procurando librarse de los brazos de su esposa, que ponían alrededor de su cuello un dulce lazo, gritó:

—¡Ha empezado la rebelión! ¡Mi sitio es a la cabeza de mis hombres!

Uno de los presentes, noble como él, le cerró el paso.

—Primero salvad a vuestra esposa, Adrián.. Huid por la puerta lateral.

—Pero ¿y mi deber?

—¡Tiempo sobrado tendréis para cumplir con vuestro deber.

Vaciló un momento el Conde Beltrami, y al fin se inclinó a seguir el consejo de su amigo. Por la puerta lateral salieron él y Mariana a una calle en silencio, hasta donde no llegaba, sino muy apagado, el ruido de la re-

friega. La silla de postas, que los esperaba a la puerta del atrio, para conducirlos al lejano castillo, situado en medio del campo, donde debían saborear su luna de miel, se acercó, hábilmente avisada, y Mariana y Adrián se instalaron en ella, después de despedirse de todos los amigos que habían salido a despedirles.

Unos momentos después dejaban atrás la ciudad en lucha y se internaban en el campo, todo serenidad, todo silencio y paz.

PIDA el nuevo CATALOGO de "BIBLIOTECA FILMS" que contiene entre otros éxitos EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas colecciones de tarjetas postales • LOS DIEZ MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS ARTISTAS MAS SIMPATICOS"

Lo remite gratis:

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco cénts. para el certificado. Franqueo gratis

II

Cerraba la noche cuando Mariana y Adrián llegaron al hermoso castillo feudal de los antepasados de Mariana. La silla de posta entró en el parque y se detuvo delante de la escalera principal, en cuyos escalones, formados por orden de categorías, esperaban los servidores de la casa. De entre ellos se destacó una mujercita pizpireta y risueña, la cual, acercándose a la dama que acababa de llegar, la saludó con grandes extremos, sin cuidarse para nada de las reglas de la etiqueta.

Era Teresa, la doncella de Mariana; su amiga, más que su doncella.

Rodeado el talle por el brazo de su doncella, pasó Mariana a la cámara nupcial, en tanto que Adrián pasaba a sus habitaciones, con el fin de quitarse el polvo del camino antes de presentarse a su esposa.

Allí, en la habitación donde sus padres y sus abuelos habían sido felices, sintió Mariana rubores de colegiala al pensar que su

—No me irá... Esta noche es nuestra.

marido debía presentarse ante ella de un momento a otro.

Apenas había acabado de cambiarse de ropa, cuando llamaron con los nudillos en la puerta. Mariana, aterrorizada, se volvió a Teresa:

—¡Es él, Teresa, es él!

—Sí, no puede ser nadie más que él—respondió la doncella con una sonrisa maliciosa.

—¡Oh, Teresa, por favor, no me dejes sola!

Pero ya la muchacha, sin escucharla, huía presurosa. Y la puerta se abrió. Y en el vano apareció la figura de Adrián, sonriente, radiante de felicidad.

—¡Oh, Mariana, qué hermosa estás!

Se acercó a ella y la estrechó en sus brazos, al mismo tiempo que le decía con ternura:

—¡No sé cómo he podido pensar ni por un momento en dejarte, Mariana!

—Sin embargo—respondió ella, temblorosa—, yo creo... que deberías irte, Adrián... es tu deber...

—No me iré... ¡Esta noche es nuestra!

Mientras esta escena se desarrollaba en la cámara nupcial, fuera, en el parque, tenía lugar otra muy distinta.

Acababa de llegar un destacamento de húsares mandado por el capitán Sfojan. La voz de este hombre, voz de mando, resonó ante la verja:

—¡Ah del castillo! ¡Abrid la puerta!

Se movieron linternas en el jardín, y los criados acudieron presurosos a franquear la entrada al enemigo. Al mismo tiempo un embozado escalaba la tapia por un sitio cercano a la verja, y deslizándose en la obscuridad, consiguió trepar al castillo y penetrar por el balcón de la cámara nupcial.

Adrián se separó de Mariana y, echando mano a la espada, preguntó:

—¿Quién sois?

Si Adrián te...

El desconocido se desembozó y dejó ver un rostro apacible, que no despertaba la menor inquietud.

—No os alarméis; soy completamente inofensivo...

E inclinándose ceremoniosamente ante Mariana, añadió presentándose a sí mismo:

—El artista Tangy, humilde recortador de siluetas... a vuestras órdenes.

—¿Qué venís a buscar aquí?

—Vengo a visitaros de parte de la Junta

rebelde... Debéis saber que vuestros hombres os esperan en Valona para iniciar la ofensiva.

—Volved y decidles que no olvido mis deberes.

—Es que... os esperan esta misma noche... ahora mismo...

—Ya iré mañana.

—¡Mañana sería demasiado tarde!

Terció Mariana, dirigiéndose a su marido:

—Sí, Adrián, ve... Ellos te necesitan más que yo...

En aquel momento Teresa irrumpió en la habitación, pálida, descompuesta.

—¡Hay abajo húsares... muchos húsares!

—¡Vienen a prenderte!—silbó Mariana, dirigiéndose a su marido.

—¡Si es así, trabajo les doy!—respondió Adrián desenvainando la espada y avanzando hacia la puerta.

Pero Tangy le cortó el paso:

—¡No arriesguéis vuestra vida, señor! ¡Pensad que en Valona os esperan!

—¡Pero yo no puedo dejar a mi esposa abandonada... y con esos hombres en el castillo!

—Yo, maese Tangy, velaré por vuestra esposa... ¡Oh,! podéis ir tranquilo y confiar en mí!

—Pero vos no podéis hacer frente a esos intrusos.

—¡Oh, señor!... reconozco que no soy muy diestro en el arte de manejar una espada; pero no me falta ingenio... y a veces el ingenio vale más que la fuerza.

El Conde Adrián Beltrami se despidió tiernamente de su esposa, y partió. El deber truncaba antes de empezar su luna de miel.

No deje de leer las novelas de la juventud:

LOS TRES MOSQUETEROS
Creación del aclamado actor
SIMON GERARD
Precio: **50** céntimos

LA MASCARA DE HIERRO
Máxima interpretación de
DOUGLAS FAIRBANKS
Precio: **1** peseta

Pedidos a
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

III

Mientras el Conde se alejaba por una puertecita secreta del castillo, el capitán Stojan y sus hombres se introducían en el vasto edificio. Salió a recibirles el maestro de ceremonias, digno y solemne, y el jefe de la pequeña fuerza, sin tomar en cuenta sus reverencias profundas ni su empaque altanero, se encaró con él.

—Supongo que habrá comida abundante en el castillo, ¿no?

—Precisamente, en estos instantes se está preparando la cena para los cien servidores de la casa.

—¿Cien, dices?

—Sí, señor.

—Bien; bastará para mis sesenta soldados... Haz que activen la cena. Y di al señor del castillo que venga a mi presencia.

Se retiró el maestro de ceremonias, y un momento después se presentaba ante el capitán Stojan, no el señor del castillo, sino la bella Mariana.

Un poco deslumbrado quedóse el militar, pero reponiéndose prestamente, avanzó hacia la dama y se inclinó ante ella.

—Perdón, señora... He pedido ver al dueño de este castillo.

—Siento no poder complaceros... pero mi marido está ausente...

—Entonces deseo ver a vuestro amante.

—¡Capitán! ¿Cómo os atrevéis?...

—Señora, no tengo la intención de ofenderos; pero, hace un momento, cuando yo atravesaba el parque para entrar en el castillo, vi claramente una sola ventana iluminada en el edificio: la de vuestra alcoba. Distinguí perfectamente vuestra silueta... unida a la de un hombre a quien abrazábais. Por eso, si vuestro esposo está ausente, vuestro amante está presente, o no hay lógica en el mundo... ¡Y será conveniente que ese hombre, sea quien sea, comparezca ante mí antes de que llegue el coronel Vultow!

Como respondiendo a tales palabras, se oyó una voz masculina hacia el interior de la casa:

—¿Quién osa turbar la paz de mi castillo?

Se volvieron todos hacia el punto donde la voz había sonado, y bien pronto apareció en la puerta la cómica figura de Tangy, el recortador de siluetas, que se presentó convertido en un Brummel, gracias al guardarropa del Conde Beltrami.

Sin perder la serenidad, avanzó hacia el capitán, apoyado en un largo báculo, y un buen rato estuvo contemplando al militar con sus impertinentes.

El capitán Stojan, perdida la paciencia, le preguntó:

—¿Sois el Conde Beltrami?

—¡Naturalmente!—respondió Tangy .Este es mi castillo, y la dama, mi esposa.

—¿De modo que sois vos el peligroso agitador?

—¡Psé! Eso dicen... Se me tiene por hombre peligroso, pero puedo aseguraros que mi campo de acción no es precisamente el campo de batalla.

—Está bien. Mis hombres se quedan aquí alojados. Yo voy a salir y volveré pronto en compañía del coronel Vultow, el comandante en jefe de nuestra fuerza.

Saludó militarmente el capitán y salió, seguido de sus soldados, que fueron a instalarse en las dependencias del castillo destinadas a la servidumbre.

Un poco después Stojan, al frente de una pequeña escolta, se dirigía por el camino real al encuentro del Coronel Vultow, que esperaba en las cercanías. Le extrañó, al poco rato, ver unas luces que se movían en la obscuridad del camino, y sin vacilar se dirigió a ellas.

Era una silla de posta que avanzaba lentamente. El capitán se acercó a la portezuela.

—Está prohibido viajar de noche.

Entonces asomaron la cabeza un hombre y una mujer; ella, guapetona y vistosa; él, tan insignificante como un mosquito.

—¿Quién ha ordenado tal prohibición?—preguntó la dama con tono airado—. ¿Sabéis con quién habláis? ¿Sabéis que yo soy Sofía Lavelle, primera bailarina de la Opera de Milán?

—¡Y yo, Sprolti, su profesor de baile... y su futuro esposo!—gritó el hombrecillo.

—¡Yo soy el capitán Stojan, del regimiento del coronel Vultow!

Y, volviéndose a su escolta, añadió el capitán:

—Sargento, que un par de hombres acompañen a esta gente al castillo; esta noche se alojarán allí.

Fueron inútiles las protestas, las súplicas y las amenazas. Stojan volvió la espalda a los viajeros, y dos de sus húsares se apresuraron a cumplir su orden.

IV

Un poco después, en el interior del castillo, Teresa comparecía, presurosa y agitada, ante el silueteista Tangy, a quien, por orden de Mariana, debía respetar la servidumbre como a verdadero Conde, mientras durase la ausencia del auténtico Beltrami.

Tangy, en su pose de gran señor, preguntó a la doncella de Mariana:

—¿Qué sucede, Teresa?

—¡Algo terrible, señor! ¡Unas bailarinas pretenden que se les dé alojamiento en el castillo!

—¿Bailarinas, dices?

—Sí, creo que de la Opera de Milán.

—¿Las has pasado al salón?

—¿Yo? ¡De ningún modo! ¡No vamos a meter comiquillos en el castillo!

—Pero, Teresa, no hay que ser egoísta... ¿A ti te gustaría que te negasen la entrada en un castillo... si fueses bailarina?

No hubo más remedio que obedecer. Sofía Lavelle, su inseparable Sprotti y dos o tres

compañeras más de profesión, que con ellos ocupaban la silla de posta, penetraron en el castillo, bien dispuestos todos a disfrutar de aquellas comodidades que se les ponían al alcance de las manos.

Mientras esperaban la presencia del dueño de la casa, Sprotti dió rienda suelta a su malhumor:

—¡A este paso no llegaremos nunca a Venecia!

—Yo no tengo ninguna prisa por llegar —respondió Sofía.

—Es posible? ¿No me prometiste que nos casaríamos en cuanto llegásemos a Venecia?

—¿Te prometí eso? No lo recordaba...

—¡Ya sé lo que pasará aquí! ¡Lo que nos pasa en todos los sitios donde hay pantalones!... ¡Que me olvidarás!

No pudo contestar Sofía Lavelle. Tangy, más solemne, más ceremonioso que nunca, descendía las escaleras que daban al salón apoyado en su báculo y mirando con los impertinentes a las bailarinas, ante las cuales se inclinó en una reverencia versallesca.

—Soy el Conde Beltrami... ¿A quiénes tengo el honor de saludar?

Se adelantó el menudo Sprotti a hacer las presentaciones:

—La señorita es la famosa bailarina Sofía Lavelle... y yo, Sprotti, su profesor de baile.

Tangy consideró la vistosidad de la baila-

rina y la insignificancia de su acompañante a través de sus impertinentes, y apartando a Sprotti con la misma indiferencia con que apartaría un mueble, dirigióse a la sacerdotisa de Terpsícore con la más rendida de sus cortesías. Excusado nos parece decir que la bailarina lo recibió, a su vez, con la más amable de sus sonrisas. Pero Sprotti, muy indignado, encaramándose sobre las puntas de los pies, a fin de que su cabeza llegase, por lo menos, al pecho del fingido Conde, gritó con su vocecilla atiplanada:

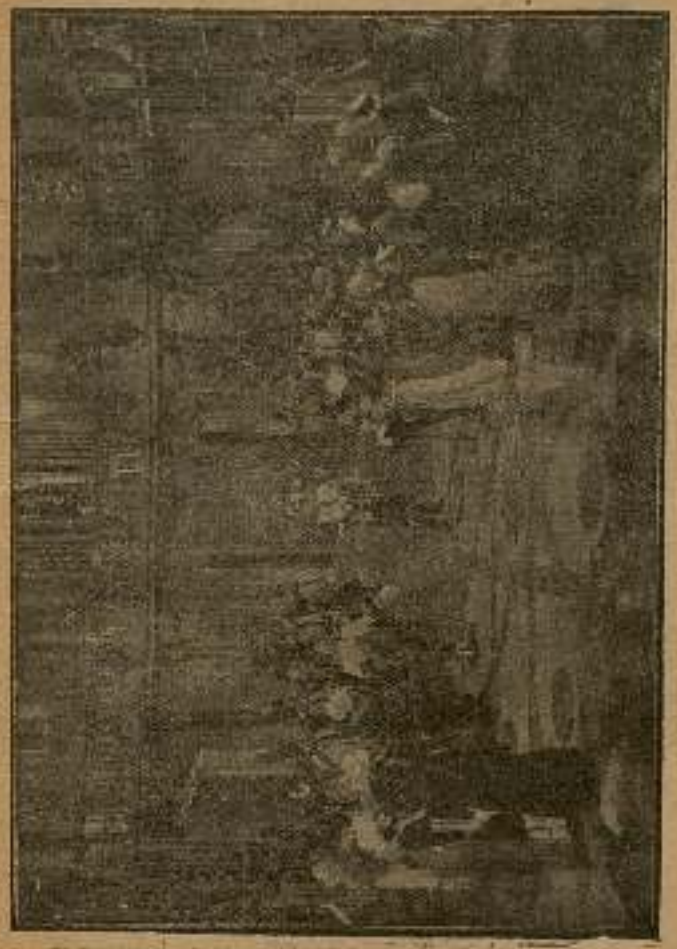
—¡Os advierto que Sofía y yo nos casaremos al llegar a Venecia!

Sin hacerle el menor caso, Tangy se inclinó ante la artista:

—Mi castillo y mi persona están a vuestra disposición, admirada Sofía Lavelle.

En aquel momento, hacia el exterior se oyó un canto coral entonado por voces masculinas, y unos instantes después la gran verja del parque se abría de nuevo para dejar paso al coronel Vultow y a su regimiento de húsares, que en marcha ordenada siguieron los senderos abiertos entre la frondá hasta llegar al atrio del castillo, donde rompieron filas.

Descabalgó el coronel Vultow, y seguido del capitán Stojan y de algunos oficiales, penetró en el salón donde se hallaban reunidos Tangy, Sprotti y las bailarinas.



El coronel era hombre de unos treinta años...

El coronel era hombre de unos treinta o treinta y dos años, de aspecto fuerte y varonil. Había audacia en su nariz aguileña y en el brillo de sus ojos obscuros.

Después de saludar con desenvoltura a las damas y de lanzar sobre los hombres una mirada desdeñosa, se acercó a Tangy y le dijo secamente:

—Llama al Conde.

Tangy se inclinó ceremoniosamente.

—Perdón, señor... Estáis hablando con el propio Conde Beltram.

Lo miró el coronel con impertinencia, y después se echó a reir a carcajadas.

—¿Conque sois vos el terrible revolucionario?

—Así parece, señor.

—Tenía el propósito de mandaros fusilar.

—¿Pero habéis variado de propósito, no? Os aseguro que soy absolutamente inofensivo.

—No lo dudo. Creo que, en cuanto a vos, la fama ha exagerado un poco.

—¿Entonces, puedo respirar tranquilo?

—Por ahora, sí... a menos que me déis motivos para cortaros la respiración.

Se oyó ruido tras una de las puertas de la sala, y se presentó el sargento que había hecho acompañar al castillo, poco antes, a las bailarinas. Venía precediendo a dos soldados, que traían, fuertemente sujeto, a un hombre de mediana edad, que se debatía desesperadamente para librarse de las garras que le atenazaban.

—¿Qué pasa?—preguntó el coronel.

—Mi coronel, este paisano ha difamado nuestra bandera.

Muy lentamente se acercó Vultow al prisionero y le abofeteó, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Qué tienes que decir de nosotros, canalla?

—¡Que sois unos miserables... unos tiranos... unos verdugos! ¡Que os odio a muerte!

—¡Llevádoslo!—gritó el coronel—. ¡Y fusiladlo inmediatamente!

Desde la ventana de su alcoba oyó María la descarga. Y la sangre se le heló en el corazón.

V

Los criados del castillo, haciendo alarde de una ligereza que raras veces se obtenía de ellos, habían preparado un "buffet" bien surtido en el gran salón, y el coronel Vultow, entre cuyas virtudes no figuraba, desde luego, la sobriedad, se entretenía en vaciar copa tras copa de "champagne" a modo de aperitivo.

Se había quedado él solo ante el "buffet". Y procuraba no aburrirse.

De pronto, una dama se presentó ante él. Era Sofía Lavelle, a la que Vultow sólo había visto un momento de espaldas cuando entraba en el salón. Buena cómica, la Lavelle fingió una turbación que estaba muy lejos de sentir.

—¡Oh!... perdonad... creía que no había nadie aquí...

—Sois vos quien tenéis que perdonar... ¿No seréis la dueña de este castillo, verdad? Me parecéis demasiado joven para tener semejante marido...

—No... Soy Sofía Lavelle.

—¿La bailarina de la Opera de Milán?... ¡Oh, qué grata sorpresa!

—Favor que me hacéis...

—¡No será aburrida esta noche, vive Dios! Reiremos, cantaremos, amaremos...

Y el coronel Vultow, sin detenerse en más cumplidos, se aproximó a la Lavelle y la abrazó con efusión. Ella le dejó hacer. En su vida de bailarina había procurado siempre acercarse al sol que más calentaba. Y el sol que más calentaba en aquellos momentos y en aquel castillo era, sin duda alguna, el coronel Vultow.

No sucedió más entonces. Se separaron. El coronel siguió bebiendo, mientras que Sofía, alentada por aquellas relaciones que aumentaban su categoría en el interior del castillo, salía a dar las órdenes necesarias para que le preparasen un cómodo alojamiento.

No habían transcurrido cinco minutos de su marcha, cuando el coronel fué sorprendido por las voces de una discusión, que partían de una pieza vecina. Se acercó, curioso. Sofía Lavelle discutía acaloradamente con el fingido Conde, y hasta Vultow llegaron palabras de la disputa:

—¡Yo no quiero esa habitación! ¡De ningún modo!—chillaba la Lavelle.

—Os aseguro—replicaba Tangy—que la habitación verde es mucho más confortable que la azul.

El jefe del regimiento se presentó.

—¿Qué sucede aquí?

La Lavelle corrió hacia él, mimosa, echándole los brazos al cuello.

—¡Amparadme, coronel! Yo quiero la habitación azul y este hombre se niega a dármela.

—¿Por qué?—preguntó Vultow, dirigiéndose a Tangy.

—Porque esa habitación es la de la Condesa y, como es natural, no la cederá.

—¿Conque no la cederá, eh? ¡Bien! ¡Yo mismo iré a echarla de allí!

Estaban al pie de la gran escalinata que conducía a los dormitorios del castillo, y el coronel Vultow, con paso rápido, subió unos cuantos escalones. Pero en aquel momento se abrió la puerta situada frente a la escalera y Mariana se presentó, embellecida aun más por el temor y la emoción.

Al verla tan joven, tan hermosa, Vultow, que antes que soldado era amador, se sintió sugestionado, fascinado por tanta belleza. Olvidó instantáneamente a Sofía Lavelle y ya no tuvo ojos más que para contemplar a su sabor a la hermosa castellana, extrañado de verla tan joven al lado de un marido tan caduco y tan ridículo.

—¿Sois vos la Condesa Beltrami?—le preguntó.

—Para serviros...

La mano por su espaldas.—

—Mis hombres me han dicho que habéis preparado una gran comida en nuestro honor. Os lo agradezco infinito...

—Vuestros hombres os han informado mal. Yo no he preparado nada.

—¡Pero, si acaban de decirme que dentro de diez minutos estará la cena servida!

—La habrá mandado preparar mi marido.

—Bien; es igual... Señores—añadió, dirigiéndose a los que aguardaban el final de la escena al pie de la escalera—, la gentil Condesa accede a acompañarnos a la mesa. Pasemos al comedor... Nos esperan allí suculentos manjares que calmarán nuestro apetito... vinos exquisitos que alegrarán nuestro espíritu... ¡Señores... a la mesa!

Y en tanto que las gentes reunidas al pie de la escalera se apartaban para dejarles el paso libre, el coronel, ofreciendo el brazo a la Condesa, le dijo al oído:

—Supongo que un poco de diversión no os vendrá mal, Condesa... Debéis de aburriros mucho con el Conde.

Por toda respuesta, Mariana dejó escapar el chorro de su risa cristalina.

VI

La mesa, por su esplendidez, recordaba los grandes banquetes celebrados en el castillo. Entre vajillas primorosas, entre filigranas de cristal de Bohemia, los manjares, verdaderas obras maestras del arte culinario, alternaban con los vinos más selectos y más variados.

Poco a poco éstos fueron haciendo su obra. Como había dicho el coronel Vultow, se alegraron los espíritus, se desataron las lenguas. Sólo una persona, en medio de la alegría general, permanecía taciturna, mirando con mirada rencorosa hacia el sitio que ocupaban Vultow y Mariana. Era Sofía Lavelle, que, sin hacer caso de las galanterías y de los mimos de Sprotti, que, sentado a su lado, se esforzaba por serle agradable, alimentaba una única idea: la del desquite.

Habituada a triunfar en la batalla de los

sexos, la Lavelle sufría la dolorosa decepción de verse preterida cuando su orgullo satisfecho entonaba ya un himno de victoria. Estaba vencida, vencida en toda regla. Desde que Vultow había visto a Mariana, no se había vuelto a ocupar de ella. Y aquel desprecio era para la bailarina una espina clavada en mitad del corazón.

Había llegado la hora de los postres; la hora de la orgía. Y Sofía puso en práctica un plan audaz que se le había ocurrido momentos antes, al ver a Vultow pendiente de los menores movimientos de la dueña de la casa. Se subió a la mesa de un salto y se puso a bailar una de sus danzas clásicas, que tantos éxitos le habían valido en la Opera de Milán.

Pero el coronel apenas levantó la vista un momento para contemplarla con una mirada de sorpresa, y nuevamente volvió a embeberse en la charla con Mariana. La Lavelle, entonces, en uno de los giros de la danza, se dejó caer sobre Vultow, el cual sólo tuvo tiempo para recogerla en sus brazos y depositarla en el suelo con un gesto de malhumor.

El triunfo de Mariana había sido definitivo.

Terminada la opípara cena, empezó el baile. Y se hallaba la fiesta en su apogeo, cuando varios soldados se presentaron conduciendo a un hombre, que no era otro que el Conde

Adrián Beltrami, disfrazado con el traje humilde de Tangy, el recortador de siluetas.

No se había resuelto a ir a Valona y a abandonar a su esposa la noche de sus nupcias. Y se quedó rondando el castillo hasta que se le presentó una coyuntura para entrar. Entonces no vaciló. Penetró en el edificio y se vistió las ropas que Tangy había dejado para colocarse las ropas condales. Y fué al tratar de penetrar en la cámara nupcial, siguiendo el mismo camino que Tangy había seguido, cuando fué descubierto por los húsares del coronel Vultow.

Al verle ahora en la sala, ante sus verdugos, Mariana ahogó un grito. Se contuvo al instante, comprendiendo cuánto agravaría con una revelación la situación de su marido. Pero su gesto rápido no pasó desapercibido para Sofía Lavelle, que se propuso aprovecharse de su descubrimiento.

El coronel se acercó al grupo que formaban sus soldados y el prisionero.

—¿Otro espía, eh?

Y Mariana, recordando la suerte del infeliz que había sido fusilado bajo sus ventanas, dijo vivamente:

—¡No, no es un espía!

—¡Muy pronto lo decís!—replicó la Lavelle con sorna.

—¿Lo conocéis vos?—le preguntó el coronel.

—Sí. Es un pobre juglar que va por el mundo cantando y recortando siluetas.

El coronel se volvió hacia Adrián. Se veía claramente que el vino que había ingerido en abundancia le prestaba una animación extraordinaria, más propicia a la generosidad que a la crueldad.

—Veamos, juglar... Canta, canta... Yo tengo buen oído.

Y, dirigiéndose al capitán, añadió:

—Stojan, si no me gusta la canción... ¡fusílalo!

Y el Conde Adrián Beltrami se puso a cantar una canción sentimental, que llegaba a las almas de sus oyentes. Por fortuna para él, tenía buena voz, sentimiento, clara dicción; en suma, sabía cantar.

Cuando terminó, el coronel, que lo había escuchado en silencio, dijo:

—No está mal; pero eso no prueba nada... ¡Registradlo!

Obedecieron los soldados, y en una cartera que el prisionero llevaba colgada al cinto, le encontraron unos trozos de papel de diversas formas, en los que Stojan creyó reconocer planos enigmáticos, mapas de las posiciones de los invasores.

Tuvo Mariana que aclararlo rápidamente:

—Os equivocáis... No son planos ni mapas, sino siluetas empezadas... Yo respondo de este hombre.

—¿Y de vos quién responde?—preguntó la Lavelle.

—¡Yo!...—dijo el coronel— si la condesa accede a bailar conmigo.

Sofía Lavelle se mordió los labios. Y aquí terminó aquel incidente que pudo haber costado la vida a un hombre.

VII

Siguió la fiesta en los salones, en las terrazas del castillo, cada vez más animada, más bulliciosa. De vez en cuando los bailarines suspendían sus evoluciones para beber algunas copas de champagne y volvían de nuevo a dejarse arrastrar por el torbellino del baile.

Mariana no había podido separarse ni un momento del coronel. Este la acaparaba, la obligaba a bailar un baile tras otro, sin dejarla descansar. Cuando comprendió Vultow que ella ya no podía resistir más, se la llevó a un saloncito contiguo, y sentándose a su lado en un sofá, le dijo:

—¡Qué hermosos ojos tenéis, condesa!.... Son una tentación irresistible.

Y pretendió rodear su talle con sus brazos. Pero ella lo rechazó vivamente, huyendo al otro extremo del sofá.

—Dejadme, coronel. ¡Amo a mi marido!

—No lo creo. Es vuestra virtud la que os dicta esas palabras, pero mirad al fondo de vuestro corazón y leed en él. No es cierto que amáis a ese infeliz. La juventud llama a la juventud, condesa. Vuis sois joven y yo lo soy también.

Y al hablar así, el coronel se acercaba a Mariana cada vez más, rozándola con su cuerpo, haciéndole sentir en sus mejillas el fuego de su aliento.

En aquel momento la puerta del gabinete se abrió y el capitán Stojan se cuadró militarmente ante su superior.

—¿Qué hay?— le preguntó Vultow con tono malhumorado.

—Los oficiales van a brindar por el triunfo de nuestras armas, señor.

—Bien; ahora voy.

Se retiró Stojan, y Vultow se volvió a la condesa:

—¿Me esperaréis aquí?

—¿Es una orden?

—Es un ruego. Pero, si sentís la tentación de marcharos, tomadlo como orden.

Sofía Lavelle lloraba entretanto su fracaso, encontrando, en su derrota, el consuelo de un corazón que latía a compás del suyo: el de Sprutti, el profesor de baile. Aquel corazón era para ella no el de un galán enamorado, sino el de un compañero de fatigas. Así, pues, empezó por decirle:

—¿Has visto, Sprotti? ¡Ese estúpido coronel haciendo el colegial con la condesa! ¡Oh, cómo odio a los hombres!

—Dices bien, Sofía. El coronel se ha portado indignamente contigo.

—Mañana nos iremos a Venecia, Sprotti.

—¿De veras, Sofía?

—Sí; no hay más que hablar.

—¿Me prometes no volver a mirar a ningún hombre mientras no lleguemos a Venecia?

—Te lo prometo.

Pero las promesas de una mujer como Sofía Lavelle no podían ser tomadas en cuenta. Un poco después el siluetista Tangy estaba ante ella, y Sofía decepcionada por los desdenes del coronel, creyó oportuno conquistarse aquel poderoso aliado, ya que el sol que más calentaba no seguía alumbrando para ella.

Sprotti se presentó a interrumpir el diálogo, adoptando posturas de marido calderoniano.

—¡Me prometiste no volver a mirar a ningún hombre!

—Eso fué antes, Sprotti.

—Pero...

—No tengo ganas de dar explicaciones, Sprotti. Vete. ¿No ves que nos estás molestando?

Marchóse Sprotti, mohino y cabizbajo, sin

volver a recordarlo Sofía se acercó al fingido conde, al que obligó a sentarse en el sofá, haciéndolo ella a su a su lado.

—Parecéis tan triste, señor conde... Por eso me he atrevido a venir a haceros compañía.

—Gracias, Sofía. Sois encantadora; todas las mujeres son encantadoras.

—¿Vuestra esposa también?

—Esa más encantadora que ninguna.

—Sin embargo, parece que esta noche os tiene muy abandonado.

—¡Oh! esta noche no cuenta... está entreteniendo al coronel.

—¿Y a vos os parece bien?

—A mí, perfectamente. El coronel es un huésped al que hay que honrar.

—¿Queréis que yo os entretenga a vos?

—Encantado, señora.

Y como Sofía, para conquistarse sus aliados, contaba con el medio poderoso de sus seducciones, puso en juego éstas con tal ardor, que muy pronto el buen Tangy creía hallarse en el mejor de los mundos posibles.

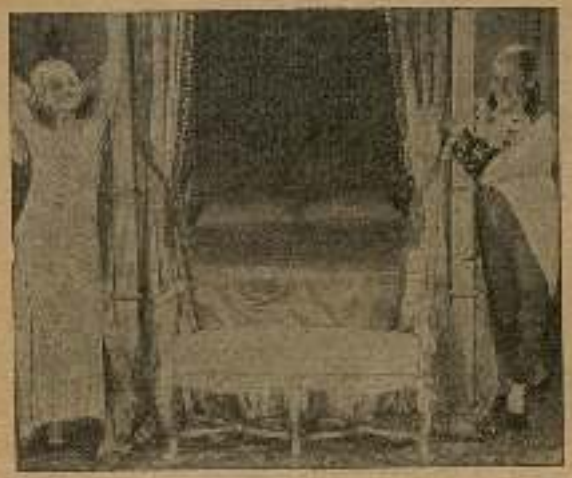
VIII

Mientras tanto, la dueña del castillo se había refugiado, a pesar de la orden del coronel Vultow, en la cámara nupcial, con la esperanza de huir a la persecución del apuesto militar, a quien el alcohol ingerido en aquella noche interminable para ella prestaba una audacia extraordinaria.

Se situó Mariana frente a un gran retrato que ocupaba casi por entero uno de los testeros de la pieza. Representaba aquel retrato una dama muy bella y muy gentil. Casi tan bella y tan gentil como la propia Mariana, a quien se parecía extraordinariamente.

Lo único extraño de aquel retrato era el vestido de la dama. Consistía éste solamente en un abrigo de armiño, por entre cuya abertura se advertía, de un modo velado, la completa desnudez de su poseedora.

Absorta estaba la condesa en la contem-



—¿Os estáis admirando a vos misma?

plación del retrato, cuando tras ella, muy sigilosamente, avanzó el coronel Vultow.

—¿Os estáis admirando a vos misma?—preguntó el coronel.

Ella sofocó un grito; pero reponiéndose rápidamente, respondió:

—No es mi retrato; es el de mi abuela... Mariana.

—Se llamaba como vos, sin duda para acentuar más el parecido. Adivino que tras la figura de ese retrato hay una bella historia. ¿Queréis contármela, condesa?

—Con mucho gusto. Hace muchos años, durante una guerra, las tropas enemigas invadieron el castillo. Correspondiendo a la hospitalidad de nuestro techo, trataron de fusilar a su marido.

—Realmente, no eran muy correctos los enemigos.

—Pues, escuchad. El capitán le perdonó la vida... pero el precio era ella misma. ¿Comprendéis?

—Comprendo.

—Por la noche, ella vino a esta habitación, donde él la esperaba, vestida como él se lo había ordenado.

—¿Que era...?

—Con un abrigo de armiño por todo vestido.

—¿Y el capitán?

—Se portó al final como un caballero. Comprendió el sacrificio de mi abuela, que así se entregaba para salvar a su marido... y renunció al premio.

—Una generosidad mal entendida. Yo no hubiera renunciado.

—Según la leyenda, coronel, desde entonces Mariana protege a las mujeres de esa raza.

—¡Oh! Yo me río de los espíritus.

—Tened en cuenta que ningún hombre puede quebrantar esa leyenda, coronel.

—Ningún hombre, tal vez... pero yo, sí.

Y el coronel, fiel a su sistema de ofensiva, que varias veces había iniciado en aquella noche, intentó una vez más enlazar con sus brazos el talle de la condesa. Pero en aquel momento, muy oportunamente, como en otra ocasión, presentóse de improviso el capitán Slojan, el cual se cuadró militarmente ante su jefe, diciendo como respuesta a una mirada furibunda de éste:

—Están tocando vuestro vals favorito, señor.

Y Mariana, agradeciendo al capitán en el fondo de su alma la oportunidad de su presencia, se volvió sonriendo al coronel:

—¿Lo bailamos, coronel?

—A vuestras órdenes, señora.

Y Vultow ofreció el brazo a la condesa, dirigiendo, al pasar, una mirada a Slojan, que lo hubiera fulminado instantáneamente, de haber tenido el poder de un rayo.

Unos momentos después, Mariana y el coronel daban vueltas por el salón, siguiendo el compás de un vals que privaba por aquella época.

IX

Seguía Sofía Lavelle conquistando a Tangy, convencida de que conquistando al verdadero conde Beltrami, y justo es decir que el modesto recortador de siluetas no sentía el menor interés en descubrirle su verdadera personalidad. Se dejaba querer, sencillamente, con el mismo empaque con que se hubiera portado un conde auténtico. Y como, a consecuencia de tantos abrazos y tantas caricias su garganta empezaba a secarse de un modo alarmante, decidió bajar a la bodega en busca de alguna botella de champagne con que amenizar el idilio.

Cuando descendió a una de las salitas contiguas al gran salón donde acababa de celebrarse el baile, le sorprendió una escena que le impulsó a esconderse detrás de una puerta para presenciarla a su sabor.

Uno d los grandes ventanales que daban

Mientras tanto...

al parque, acababa de abrirse con el mayor sigilo, y en el vano apareció la figura del conde Adrián Beltrami, vestido aún con el traje humilde de Tangy. Miró a un lado y a otro antes de decidirse a entrar, y al fin, de un salto, se introdujo en la estancia.

En aquel mismo momento, el coronel Vultow, que, sin duda, había sorprendido la operación, se acercó a él y, sujetándole por el cuello de la casaca, le gritó:

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Perdón, señor. He vuelto porque esperaba ganar algún dinero recortando siluetas —respondió Adrián sin inmutarse.

—Bien; veamos esas siluetas.

Le enseñó el conde las que llevaba empezadas en la cartera de Tangy, y el coronel pareció muy complacido al verlas detenidamente.

Están muy bien. Puedes recortar la mía.

Se colocó en pose y, vuelto de espaldas a Adrián, esperó que el artista empezase su obra. Era aquél el momento más crítico porque había pasado el conde en aquella noche inolvidable para él. ¿Qué hacer? ¿Cómo recortar la silueta del coronel, si aquel arte le era en absoluto desconocido?

Afortunadamente, estaba junto a la puertecita tras de la cual se había escondido Tangy, y éste, comprendiendo el apuro, salió de su escondite, y por señas le hizo comprender que él realizaría el trabajo.

Respiró Adrián Beltrami. Le entregó las tijeras y los papeles y se limitó a esperar que su salvador terminase su trabajo, procurando a toda costa que el coronel no volviese la cabeza, para lo cual le hacía de vez en cuando indicaciones acerca de la manera de conservar su pose.

Pero ni Tangy ni él habían contado con el Destino, que, siempre burlón, había puesto un espejo de mano sobre una mesa colocada

delante del coronel. Tomo éste el espejo para mirarse a sí mismo, en un momento en que Adrián estaba vuelto hacia Tangy. Y el espejo le reveló toda la escena.

Calló, sin embargo, y cuando la silueta estuvo terminada, Adrián se la presentó.

La tomó el coronel y la examinó con complacencia. Después, sin darle importancia, avanzó hacia la puertecita donde Tangy estaba escondido, y al verlo exclamó, fingiendo una profunda sorpresa:

—¿Qué haciais vos aquí?

—Nada... nada, señor coronel. Venía solamente a mirar si todo estaba bien cerrado. Es mi costumbre de todas las noches antes de acostarme.

—¡Ah! Buena costumbre, a fe mía.

Y haciendo una pausa, tomó del brazo a Tangy y le llevó hasta la mesita donde estaba la silueta que el artista acababa de hacer.

—¿Qué os parece, como competente que sois?

—No está mal—respondió Tangy con displicencia.

El coronel pareció indignarse:

—¿Cómo que no está mal? ¡Está bien, está muy bien! ¡Es una verdadera obra de arte!

—¡Oh! mil gracias—replicó Tangy, repentinamente olvidado de su papel.

—¿Qué decís?

—Quería decir... que mil gracias... en nombre del artista.

—¡Ah! Eso es otra cosa.

—Voy a buscar unas botellas de champagne, señor coronel. Con vuestro permiso.

—Yo os acompañaré, señor conde.

Salieron los dos. Pero no m ás que hasta la puerta de la estancia. Allí, la mano del coronel, como una garra, se clavó en el cuello de Tangy, obligándole a permanecer quieto sin abrir la boca, y desde su escondite, se dispuso a presenciar lo que ocurriría a pocos pasos de él, creyéndole ausente.

No era su táctica desacertada. Apenas había él salido de la pieza, cuando Mariana entró corriendo y se abalanzó al cuello de su marido.

—Adrián, ¿por qué has vuelto? ¿No comprendes que es la muerte si descubren quién eres?

En aquel instante, muy sonriente, muy desenvuelto, apareció el coronel. Se dirigió rectamente hacia Mariana y le preguntó:

—¿Cómo es que vuelvo a veros aquí?

—Había bajado en busca de mi marido, y he visto a este artista. Aprovecho este momento para que recorte mi silueta.

El coronel se acercó más a ella y la abrazó.

—Si es lo mismo, puede recortar la de los

El resto fué cosa de pocos minutos.

dos... así, muy unidos, con los rostros juntos... buscándose nuestros labios.

Otra vez, su táctica era excelente. Se realizaba lo que él se había propuesto, que saltase el conde Beltrami, que se descubriese, que revelase su personalidad verdadera. Y así fué. Adrián, incapaz de contenerse por más tiempo, se precipitó sobre el coronel y lo abofeteó.

El resto fué cosa de pocos minutos. Lle-

garon los esbirros de Vultow y sujetaron al conde Beltrami.

—¡Azotad a ese perro!—les gritó el coronel.

—¡Sí, que me azoten, que me maten! ¡Soy el conde Beltrami! ¡Mariana es mía, nada más que mía!

—¡Encerradlo! ¡Y mañana, al amanecer, será fusilado!

Ya estan a la venta

La Colección de tarjetas postales que usted deseaba:

LOS DIEZ MÁS SUGESTIVOS BESOS POR LOS ARTISTAS MÁS SIMPÁTICOS

Colecciones de 10 postales 2'50 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en sellos de correo o por Giro Postal.

X

Fueron inútiles todos los ruegos y todas las súplicas de Mariana.

El coronel Vultow se mantuvo inflexible. Sin embargo, al ver sus lágrimas de postración, pareció conmoverse un poco y, acercándose a ella, le dijo:

—Vamos, vamos, condesa... no está muerto todavía.

—¡Oh! Pero vos habéis dicho que lo haréis fusilar al amanecer.

—De aquí al amanecer pueden suceder muchas cosas.

—No adivino lo que queréis decir.

—Es muy sencillo. Venid conmigo.

La tomó del brazo y la condujo a la cámara nupcial, presidida por el retrato de la abuela de la castellana. La llevó ante aquel retrato y se lo mostró:

—Comprended, Mariana... Una mujer bella

e inteligente como vos, puede aprovechar en su favor esas horas que faltan... Pensad en vuestra abuela... e imitadla.

—¿No habrá otro medio, coronel?

—Ninguno, señora. Pasaré la noche en esta habitación... Y espero que me sorprenderéis con vuestra visita.

Se alejó Mariana con la vista fija en el suelo, y el coronel, después de haber pedido a su asistente dos botellas de champagne y de habérselas bebido conciencudamente, se tumbó en el sofá y a los pocos momentos estaba profundamente dormido.

Mientras tanto, la condesa, en su habitación, contaba a Teresa, la doncella, lo sucedido.

—Si tú estuvieras en mi lugar, si tuvieses en tus manos la vida de tu marido, ¿qué harías?

—No lo sé, señora.

—¿Le dejarías morir?

—Creo que acudiría a la cita... ¡Quién sabe! Tal vez el coronel se porte como se portó el capitán enemigo en otro tiempo. Debe de ser horrible morir como murió aquel espía.

Mariana se arrojó de bruces sobre el lecho y lloró largo rato.

Teresa la contemplaba en silencio, sin atreverse a prodigarle sus consuelos.

Al fin la condesa se levantó con los ojos

enjutos, con un gesto de resolución en el semblante, embellecido por el dolor.

—He tomado mi decisión... No puedo dejar que muera Adrián.

Cuando penetró en la cámara nupcial, el coronel Vultow seguía durmiendo profundamente. Fué preciso que ella se acercase a él, que lo llamase, que lo sacudiese fuertemente, para lograr que e despertara.

El coronel se restregó los ojos y la miró sin extrañeza, como si acabase de verla en aquel instante. Después se incorporó con un esfuerzo, y le dijo estas misteriosas palabras:

—¿Aun estáis aquí?

—Vengo a cumplir lo que me habéis exigido.

El coronel se echó a reír, y su risa le pareció a Mariana más extraña aún que sus palabras.

—Todo está cumplido ya, señora. Podéis retiraros.

XI

He aquí lo que había sucedido:

El coronel Valtow se había dormido profundamente bajo los efectos del champagne. ¿Hacía mucho que se había dormido? ¿Duraba su sueño horas o minutos? No sabría decirlo. No sabía tampoco si aquella vida que vivía en aquellos momentos era sueño o realidad.

Fuese lo que fuese, el caso es que la dama del abrigo de armiño descendió del retrato lentamente, se acercó a él, se despojó de sus breves vestiduras y después le besó en la boca. Fué suya, en una palabra.

Nunca había sido el coronel tan feliz como en aquella noche en que no sabía si lo que vivía era sueño o realidad. Nunca conoció tan intensamente el amor. Por eso, al ver a Mariana ante él, "en carne y hueso", creyó, simplemente, que aquella visión era sólo una prolongación de su sueño. Y por eso la despidió con el agradecimiento del amante que ha vivido a conciencia una noche de placer.

Transcurrieron, rápidas, las horas de la noche. Vino la mañana plena de sol, poniendo en las almas alegría y optimismo.

Por la gran escalera que conducía a los dormitorios del castillo, subía Teresa, la doncella. En sus manos llevaba una flor: una rosa, roja y fragante que acababa de cortar de la rosaleda del jardín. Descendía un soldado al mismo tiempo, y se acercó a ella.

—Dame esa rosa—le dijo.

—No, no—dijo Teresa—. ¡Es para mi señora la condesa!

—Pues, dame entonces un beso.

Teresa, ni corta ni perezosa, puso sus labios en forma de corazón, ofreciéndoselos, como una copa de néctar, al gallardo soldado de húsares. Este contempló la ofrenda, que no debió parecerle muy apetitosa, por cuanto respondió bruscamente:

—Prefiero la rosa.

Y se la arrebató de las manos.

Unos momentos después estaba el soldado en presencia de su coronel, al que despertó después de no pocos esfuerzos. Valtow miró al soldado y miró la rosa que el mocetón traía aún en sus manos. La cogió y aspiró su aroma. Después, sin añadir palabra, se la puso en uno de los ojales de la guerrera.

El soldado sonrió maliciosamente, sin perder por ello su actitud de "firmes".

—Es de la condesa... yo lo sé.

—¡Tú no sabes nada, idiota! Y si sabes algo, olvídalo.

—Por olvidado, mi coronel.

Casi en el mismo instante, entró en la cámara nupcial el capitán Stojan, quien cuadrándose ante su jefe, le miró un momento y sonrió con aire malicioso. Adivinó el coronel los pensamientos de su subordinado, pero lejos de disiparlos, sonrió también, como dándole a entender que había comprendido y que los dos estaban de acuerdo. Después le preguntó:

—¿Qué sucede, Stojan?

—Han llegado órdenes del Cuartel General.

—¿Avanzan nuestras tropas?

—Al contrario, mi coronel... han sufrido una seria derrota en los alrededores de Valona.

—¿Acaso la rebelión preparada por los aristócratas.

—Exactamente, mi coronel.

—Me lo temía... ¿A qué se refieren esas órdenes?

—Tenemos que retirarnos inmediatamente, abandonando todo el terreno invadido.

—Está bien. Que estén preparados todos

los hombres. Dentro de media hora emprenderemos la marcha.

Y como el capitán Stojan viese esbozarse un gesto de tristeza en el rostro del coronel, le dijo afectuosamente:

—Esta derrota no puede ser nada más que parcial, mi coronel. Pronto tendremos ocasión de seguir combatiendo.

—Así lo espero, Stojan. Poned en libertad al conde Beltrami, y que se le preste escolta con guardia de honor para volver al castillo.

Stojan sonrió más maliciosamente aún que antes, y el coronel respondió a su sonrisa con otra significativa.

XII

Mientras tanto, en el interior del castillo tenía lugar una escena cómica, que corría a cargo de Teresa y Sprotti, los dos desengañados en lides amatorias. El Destino los había juntado, su mala suerte en el terreno del amor los había acercado aún más, y ahora los dos esperaban consolarse mutuamente de sus continuas derrotas.

La ciencia del profesor de baile había servido de pretexto a Teresa para pedirle unas cuantas lecciones. El resto vino por sí solo. Desengañado de las mujeres hermosas, Sprotti empezaba a comprender que quizá al lado de una fea estuviese la verdadera felicidad. Y con su elocuencia de cómico viejo, persuadió a Teresa de la conveniencia de acompañarle a Venecia, a Milán, a Roma, donde,

según él, su arte y su belleza, brillarían con fulgor de astro.

Teresa no había escuchado jamás semejantes palabras. Quedó deslumbrada. Sólo tuvo fuerzas para correr a su habitación y prepararse una maleta con sus trapos. Después vendría la fuga, la visión de mundos nuevos, de esferas desconocidas. Tenía cerca de cuarenta años, pero se sentía en la adolescencia.

Mientras ella hacía los preparativos, el coronel Vultow, vestido ya, sereno ya, se disponía a partir.

Al saberlo, Mariana, que la noche anterior se había visto rechazada de un modo harto extraño e inexplicable, corrió hacia él.

—Coronel—le dijo—, es ya el amanecer... La hora de cumplirse la sentencia.

—Diréis, señora, la hora en que debiera de haberse cumplido.

—No entiendo lo que queréis decirme.

—El conde está libre.

—¿Libre?

—En efecto. ¿No era eso lo que os había prometido?

—Sí... pero como yo...

—He cumplido mi parte del convenio, como vos habéis cumplido la vuestra.

—Cada vez os entiendo menos.

—Podéis fingir, si ése es vuestro gusto... lo comprendo. Pero yo no os olvidaré nunca... No olvidaré jamás la noche de ayer...

Sonaron clarines al exterior. Mariana corrió a uno de los amplios ventanales y desde allí vió al conde Adrián Beltrami rodeado de húsares. Creyó por un momento que la sentencia iba a cumplirse. Pero, no, no era así. El conde caminaba erguido y sonriente; su imagen no sugería la imagen de la muerte.

Sin comprender, se acercó de nuevo al coronel Vultow.

—¿Queréis explicarme, coronel, qué significa esto? ¿No me habíais dicho que no van a fusilar a mi marido?

—Os lo he dicho y os lo repito, señora.

—Entonces, ¿esos hombres rodeando al conde...?

—Le prestan guardia de honor para regresar al castillo, señora.

—¿Es verdad, pues, que está libre?

—Verdad es... Y ahora, despidámonos. Entre los azares de la guerra, pensaré en vos, señora.

—Coronel... ¿pero, os vais así?

—¿No sabéis que, a veces, en una derrota hay un triunfo?

—Os portáis con la nobleza de un verdadero soldado.

—Adiós, señora, vuestro recuerdo tendrá siempre para mí la vaguedad de un dulce sueño.

Salió el coronel Vultow, tan erguido, tan altanero como había entrado. Se había portado, en efecto, como el más cortés y el más correcto de los caballeros. Al despertar de su sueño, pudo haber exigido el cumplimiento de la ley que él mismo había impuesto, convencido de que todo lo que había pasado en aquella noche había sido sólo eso: un sueño.

Y, en vez de eso, se había dado por satisfecho con la ficción producida por los vapores del champagne.

¡No es tan fiero el león como lo pintan!

Se alejó el coronel; se alejaron los húsares.

Sólo quedó en el castillo la representación del arte coreográfico italiano.

Sofía Lavelle había vuelto a hacer las paces con Sprotti. Era su refugio, el puerto obligado después de sus travesías por los diversos mares del amor. Un puerto que jamás le hacía traición, que jamás la arrojaba lejos de sí, que siempre le abría los brazos en un gesto generoso, viniese de donde viniese.

En una noche y una mañana habían sido varias las ilusiones y los fracasos de la bailarina. Primero había tratado de conquistar a Tangy, creyéndolo el verdadero conde Beltrami; después, se había acercado al coronel Vultow, segura de que él solamente era el que mandaba allí; y por último, viéndose despreciada por el coronel, había vuelto de nuevo a los brazos de Tangy.

Hasta que descubrió que el siluetista tenía tanto de conde como ella de virtuosa. ¿Qué hacer? Por fortuna para ella, allí estaba el ingenuo Sprotti, siempre dispuesto a escuchar sus excusas y a creerlas.

Se arrullaban los dos como dos tórtolas ante la gran escalinata que conducía a los dormitorios, mientras esperaban a las demás compañeras, que terminaban de arreglar sus equipajes. Al fin estuvieron todos listos. Sprotti ofreció el brazo a Sofía, y ella se agarró a él como se hubiera agarrado a una tabla salvadora.

En aquel momento se oyó una voz femenina que gritaba:

—¡Señor Sprotti!... ¡Señor Sprotti!

Era Teresa, con una maleta en cada mano, luciendo su vestido de los días de fiesta. Al verla, Sprotti palideció. La había olvidado por completo, y ahora ella se presentaba, precisamente cuando acababa de hacer las paces con Sofía.

Se volvió a ella, sin soltar el brazo de la Lavelle, dibujando en su rostro el gesto más terrible que pudo encontrar.

—¿Qué es lo que queréis?

—¡Vengo a daros una gran sorpresa! ¡Me marcho con vos!

—¿Conmigo?

Unos momentos después...

Sofía miró a Sprotti y miró a Teresa. Pareció comprender; pero no debió de dar mucha importancia a su descubrimiento, por cuanto, encarándose con la doncella de la condesa, le dijo secamente:

—¡No necesitamos cocinera!

Y se alejó del brazo de Sprotti, en tanto que Teresa, apabullada, se dejaba caer sobre una de sus maletas.

Unos momentos después, el conde Adrián Beltrami, vuelto de nuevo al castillo, se arro-

jaba en los brazos de su esposa, que se abrían con impaciencia para recibirle. Todos los peligros, todos los sinsabores, todos los contratiempos, quedaban atrás, como visiones de una horrenda pesadilla.

Ante ellos se abría un luminoso porvenir; la felicidad tendía a sus pies un sendero de rosas...

FIN

No deje de leer las novelas de los grandes éxitos de esta temporada

EL REY VAGABUNDO

Creación de la beldad
Jeanette Mac Donald
y del nuevo "as" cinematográfico
Dennis King

EL GENERAL CRACK

por el célebre y admirado artista
John Barrymore

Precio del tomo: UNA PESETA

PEDIDLOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Coleccione usted las célebres

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

(Título de la supremacía)

El General Crack

John Barrymore

El Rey Vagabundo

Jeannete Mac Donald

Un Hombre de Suerte

Roberto Rey

Cascarrabias

Ernesto Vilches

Noches de New-York

Norma Talmadge

La Voluntad del Muerto

Antonio Moreno

96 páginas de texto selecto

Portada a todo color

Precio del tomo **UNA peseta**

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo pago del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Lea en "BIBLIOTECA FILMS"

Las grandes creaciones del malogrado artista

LON CHANEY

Tomos a 50 cts.

CORAZON DE PADRE

LA CASA DEL HORROR

Tomos a 25 cts.

LAS CATARATAS DEL DIABLO

o COMO AMAN LOS HOMBRES

EL JOROBADO DE NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.